

Estados Unidos en Venezuela: fuerza militar de estrategia fallida*

Entrevista de Cristina Secci en diario Il Manifesto, Roma, domingo 11 de enero del 2026:

"Conflitto di imperialismi fondato sulla compravendita" (sección internacional), p. 5, en

ilmanifesto.it/conflitto-di-imperialismi-fondato-sulla-compravendita

Cristina Secci. ¿Cómo es la relación entre fuerza militar y objetivos políticos, considerando lo acontecido en Venezuela el 3 de enero pasado cuando los Estados Unidos secuestraron al presidente venezolano y su esposa?

Hugo Rodas. El análisis de esa relación, abc de toda explicación política, no suele ser el predominante en los medios de comunicación masiva, influidos por la agenda presidencial estadunidense o por la agencia informativa del caso. Esclarecer cuáles son los objetivos que el uso de la fuerza esconde, detrás de la cual se encuentra lo que importa, supone comprender que, sin combinación de conocimiento histórico y agudeza política situacional (*virtú*), no es plausible orientarse respecto a la lógica del poder.

Es claro que no ha cambiado el régimen político venezolano y que los agresores estadunidenses prefieren la continuidad de Delcy Rodríguez (a la que apoyan el chavismo, las Fuerzas Armadas venezolanas... y la CIA) que la alternancia de la activista y premio Nobel, Corina Machado, furiosa defensora de la intervención militar estadunidense pero extraña a la lógica del poder chavista.

¿Estados Unidos “liberó” a Venezuela cómo se repite en Redes Sociales y aún en cierta prensa conservadora simpatizante de la administración de Trump?

No es el orden democrático en Venezuela lo que le importa a la política neoimperial estadunidense, no busca modificar la ilegitimidad electoral del régimen de Maduro. La intervención militar fue meramente táctica, así como las amenazas del presidente Trump de una “segunda oleada” de ataques o de su ampliación a otros países (Colombia, Cuba, sintomáticamente no la irrelevante Nicaragua). Solo busca efectos de resonancia continental

* Hugo Rodas Morales. Polítólogo boliviano, doctorado en Estudios Latinoamericanos y profesor de posgrado en Administración y Relaciones Internacionales de la UNAM; dirige la Fundación Internacional Marcelo Quiroga Santa Cruz-Sede México (www.lafundaciondemarcelo.org). hugorodasmorales@gmail.com

para reforzar su política interna actualizando la doctrina “Donroe” (en vez de Monroe, por el nombre del actual presidente, “Donald” Trump) para todo el continente.

¿Qué puede y qué no puede hacer realmente una potencia como los Estados Unidos?

En rigor, ningún Estado-nación puede ser controlado de manera remota sin el conocimiento de las pautas o sentido común de la política local. Por eso Estados Unidos prefiere la continuación del aparato estatal chavista en Venezuela, claramente no democrático-representativo. Una perspectiva comparada a nivel regional aclara las cosas: Venezuela no está antes sino después de Honduras; Maduro no es más próximo a la sospecha de “lavado de dinero” por tráfico de drogas, que el expresidente hondureño Juan Orlando Hernández, condenado a 45 años de prisión federal por participar de ese delito y graciosamente indultado por Trump dos días antes del secuestro de Maduro, mientras aquél influía en la elección hondureña en favor del candidato conservador. Después de todo, Trump mismo fue favorecido por el intervencionismo electoral neoimperialista ruso contra los demócratas estadunidenses: se trata de dos superpotencias paralelas (Estados Unidos y Rusia) que, a diferencia de la Unión Europea, actúan por encima de lo epifenoménico, de declaraciones como las del presidente ucraniano que aplaude la “extracción” de su par venezolano sin pensar que eso también podría hacerlo Rusia.

¿Son los recursos naturales (petróleo, “tierras raras”) el objetivo del despliegue militar estadunidense observado, o qué factores resultarían determinantes a considerar para la situación de Venezuela a nivel regional y global?

Ni el petróleo, ni el tráfico de drogas (la destrucción de lanchas en las costas de Venezuela), ni el “terrorismo”, ni otros elementos discursivos revelan el trasfondo de la acción estatal estadunidense y su interrelación con otras potencias de relevancia global como Rusia, India o China. Sobre el discurso y la aplicación de fuerza en el secuestro del presidente venezolano —por el Departamento de Estado (Marco Rubio) y la fuerza de élite estadunidense Delta Force post operaciones de la CIA en Caracas—, lo que se impone es un análisis sistémico económico-político, y éste no proviene de los políticos o intelectuales de Occidente —la propia cautela europea expresa su lugar secundario en el orden global, incluso pensando en Groenlandia que parece el próximo objetivo del Pentágono, pues la fuerza militar danesa es comparativamente risible—, sino de explicaciones desde dentro de la institucionalidad capitalista central (la financiera), o desde los márgenes de la teoría crítica, que expresan mejor la complejidad global contemporánea.

Un ejemplo son los artículos del ex yugoslavo y funcionario del Banco Mundial, Branko Milanovic, con su “capitalismo, nada más”; el segundo puede estudiarse en la obra del japonés Kojin Karatani, notable revisión del concepto de *modo de producción* reemplazado por los *modos de intercambio* como historia del mundo. En ambos autores está claro que, por muy extensa que sea la penetración del capitalismo o el crecimiento económico de un país, el papel del Estado sigue siendo central, al punto que no basta ser superpotencia económica para alcanzar hegemonía global (como muestran los casos de China o India).

¿Es decir que la explicación de hechos coyunturales como el venezolano, o de procesos de resonancia global, puede provenir de la periferia capitalista, de los márgenes de un “mundo sin centro”, ya no eurocéntrico?

En efecto, se trata de comprender un criterio metodológico que ya la literatura adelantó, cuando la obra de Jorge Luis Borges evidenciara que su prosa revisaba la tradición occidental entera *desde fuera de Europa*, con una mirada no eurocétrica. Quienes piensan que la Unión Europea supera al Estado-nación tradicional, no advierten que en realidad lo amplía como “Estado territorial extenso” (Karatani); de manera semejante, la transcrítica de este autor japonés comprende novedosamente a Kant y Marx, así como lo que hizo que Grecia fuera diferente a toda Asia, o por qué el modo de intercambio de mercancías (el hipermercantilismo actual, según Milanovic), conduce a luchas interimperialistas y a la compra-venta de lo que antes estaba reservado al arte o las emociones.

Por qué Maduro y su esposa salen ilesos, entre decenas de agentes cubanos eliminados durante la intervención de la Delta Force, es una muestra de la superación de la política del siglo XX. El socialista Salvador Allende, bombardeado el Palacio de la Moneda en la capital chilena, no saldría vivo de ese recinto político, antes que por los militares golpistas de 1973 *por su propia mano* y con el fusil que le obsequiara Fidel Castro. Los “años de plomo” de los 70 tenían a la pasión política como *leitmotiv*, en cambio, las fuerzas asimétricas de la época actual oscilan entre el genocidio y la negociación. No podemos mirar al mundo etnocéntricamente y pretender conocerlo; este es el talón de Aquiles —para recurrir a una aproximación metafórica antigua— de la política neoimperial estadunidense que conocemos con el nombre de “Trump”, o de quien fuera, que más que gobernar el mundo actúa a ciegas contra él.